

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Fredy Rivera Vélez

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular CAAP, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 18

ECUADOR: S/. 29.000

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 10.000

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-00173-B Quito, Ecuador

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

ECUADOR DEBATE

37

Quito - Ecuador, abril de 1996

EDITORIAL

COYUNTURA

Nacional: La fragilidad financiera marcará la transición / 5 - 18

Marco Romero

Política: Realidad del ajuste define las opciones políticas / 19 - 28

Hemán Ibarra

Conflictividad: El conflicto sociopolítico junio 1995 - febrero 1996 / 29 - 33

Internacional: El dumping "social" versus el dumping "estatal" / 35 - 48

Wilma Salgado

TEMA CENTRAL

Apuntes para una economía política del ajuste neoliberal / 49 - 65

Alberto Acosta

El ajuste: Reflexiones teóricas desde nuestra realidad / 66 - 81

Jeannette Sánchez

Significados del ajuste estructural en el Ecuador / 82 - 103

Ruth Lucio Romero

Ajuste estructural, pobreza y participación popular / 104 - 130

Humberto Campodónico

Ajustes, coaliciones y reformas en los años 90 / 131 - 143

Adrián Acosta

Desidia electoral: Síndrome de ajustes frustrados; las elecciones de 1994 / 144 - 161

Roberto Santana

ENTREVISTA

Crisis y ajuste en América Latina: los puntos débiles de la experiencia vivida / 163 - 170

Entrevista hecha por Jeannete Sánchez y Mauricio León a Albert Berry

PUBLICACIONES RECIBIDAS

DEBATE AGRARIO

Biodiversidad, biotecnología y desarrollo sustentable en la amazonia

175 - 195

Antonio Brack Egg

Aspectos político-sociales del manejo de los recursos naturales / 196 - 209

Leonard Field

ANALISIS

Me manda López. La doble vida del clientelismo político / 211 - 229

Javier Auyero

El discurso del poder / 230 - 237

Pablo Dávalos

CRITICA BIBLIOGRAFICA

Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos,

Siglos XIX y XX / 239 - 241

Autores: Blanca Muratorio, Jill Fitzell, Anne Christine Taylor, Andrés Guerrero y
Laura Rival

Comentarios de Fredy Rivera V.

El discurso del poder

Pablo Dávalos (*)

El discurso de poder habla con silencios. Niega referentes y nos presenta un mundo que no es el nuestro, que no puede ser el nuestro, que no tiene esa consistencia hecha de cotidianidad y mesura. De cálculo y provisión. Nos presenta la Historia, nuestra historia, dentro del espectáculo de la noticia: la praxis del ser humano como tramoya y escenario: el actor despojado de sus papeles contemplando absorto, solo, silente, abandonado, el transcurrir de su historia frente a él, en la espesura inhóspita de la pantalla de su televisor, en el titular de los periódicos, en el habla silente de la radio.

1.- EL ROBO DE LA HISTORIA

El hombre ya no vive su historia. Actúa en ella, pero como extra de una película en la que llegó demasiado tarde. El hombre masa se disgrega, se disuelve en los continentes amorfos de ese conjunto de seres anónimos que tienen sueños comunes, caminos que se entremezclan, se confunden, se indiferencian.

Ahora cuenta como número, como dato. Es guarismo de las políticas del empleo o del desempleo, del ingreso o de la miseria. De la política fiscal o de la política monetaria. Una cifra al lado de otras cifras. Un número que parece un hombre. Un dato que también piensa, sueña, vive, lucha.

Números que hablan tanto de seres humanos o números que hablan de los dólares del mercado de capitales, de las riquezas del Euromercado; o números que se manipulan para mentir a la realidad: ¿Qué nos dicen verdaderamente aquellas cifras que hablan del producto nacional bruto, de la inversión, del producto per cápita, del déficit en la balanza de pagos?. ¿Cómo se compadecen esas cifras con nuestros apuros cotidianos? ¿Cómo se inscriben en el horizonte ordinario de nuestra vida?

Nos hablan de una realidad que no es la nuestra, pero hablan, precisamente, en nombre de nuestra realidad. En esos números no constan las hambres cotidianas, las frustraciones permanentes, las humillaciones

(*) Instituto de Investigaciones Económicas. Universidad Central del Ecuador.

constantes, la impotencia de no querer ser lo que se es, y saberse siempre entre los últimos.

Ibqal era el nombre de un dirigente sindical asesinado por el poder en Pakistán. Su denuncia sobre el trabajo infantil en las fábricas de las "alfombras mágicas", conmocionó a los asistentes al encuentro sobre maltrato infantil en Suecia. Producto de sus denuncias sobre las brutalidades que se cometían en las fábricas textiles a los niños, se propusieron restricciones a las importaciones de alfombras persas fabricadas en Pakistán.

Por esa denuncia Ibqal fue asesinado mientras iba en su bicicleta a la fábrica. Era un respetado dirigente sindical, y se estaba convirtiendo en una figura nacional. Demasiado peligroso para el poder. Demasiado ejemplo para su pueblo. Al momento de ser asesinado Ibqal iba a cumplir doce años.

La exportación de "alfombras persas" le producen a Pakistán cuatrocientos millones de dólares al año. ¿Qué es una vida frente a esos millones de dólares? ¿Qué es la vida de un niño frente a la estructura del poder en Pakistán, Colombia, Brasil o Ecuador? No se asesinan niños de la calle en Sao Paulo? No son denominados como desechables, en Colombia?

Las alfombras mágicas que Ibqal aprendió a tejer desde los seis años, y que a los doce lo convirtieron en adulto, le robaron su infancia, sus sueños, sus juguetes, sus ansias de conocer al mundo para darle la vuelta. Cuántos seres como Ibqal están detrás de cada camisa que nos ponemos, detrás de cada metro de seda, de cada perfume, de la fabricación de un juguete, de un par de zapatos. ¿Con cuánto

sufrimiento humano estamos vestidos? ¿Con cuánto dolor humano negociamos sin querer darnos cuenta? ¿Cuánta sangre, real no metafórica, está detrás de cada dólar?

Para el discurso del poder no cuentan esos sufrimientos, esos dolores. Cuentan las cifras que establezcan el déficit o superávit comercial de un país, o de una empresa. Cuentan los indicadores de la utilidad sobre la inversión; sobre la rentabilidad de los activos, sobre el nivel del apalancamiento financiero. Cuentan las tasas de interés, las tasas de inflación, las tasas internas de retorno de la inversión, el nivel del gasto público sobre el PIB. Una lógica que excluye al hombre de sus propias creaciones. Que evita nombrar seres y se conforma con numerarlos.

En esa lógica perversa que privilegia los números sobre los hombres, que confunde el ser en el tener, que forma consumidores y no seres humanos, se inscribe esa geografía totalizante del discurso del poder. Aquel discurso que hablan los hombres que hacen el poder. Aquel discurso que los mass media (medios de comunicación masivos) secretan cotidianamente. Que no está hecho de palabras sino de intenciones. Que busca la disuasión. Que se corresponde a una estrategia de poder hecha para defender al sistema. Que se apoya sobre todas las estructuras de la dominación para defenderla como proyecto histórico, para negar toda posibilidad de cambio. Que genera las "ilusiones necesarias" para el sostenimiento del sistema.

Ese discurso que corrompe los significados de las palabras, tanto como corrompe a quienes las pronuncian. Que cuando habla de paz debe

entenderse realmente como una escalada belicista contra la paz. Que cuando habla de libertad piensa únicamente en la libertad de mercado. Que cuando habla de democracia piensa en la exclusión, la manipulación y la mentira.

Los pueblos que se atreven a defenderse de su lógica, de su proyecto, son considerados como terroristas o fundamentalistas. Un discurso totalitario que no asume críticas ni cuestionamientos. Que se instila en los intersticios más recónditos de la conciencia social desde las imposiciones de la religión, de la moral, del aparato educativo, de la sexualidad, de los mass media, etc. Que convierte a los seres humanos en cosas, y, muchas veces, en menos que cosas.

El discurso del poder como la totalidad de un sistema que apuesta desesperadamente a la violencia para perpetuarse en la historia, es también un discurso violento. Un discurso manipulador. Que utiliza todas las argucias posibles, toda la violencia imaginable, todos los recursos pensables, para destruir a sus críticos. Para eliminar la posibilidad de un proyecto humano alternativo al sistema.

Y no se trata de una destrucción metafórica. Los bombardeos a los hogares humildes de los barrios de El Chorrillo en Panamá, no son metafóricos. La impasibilidad frente a la masacre de Rwanda; la invasión feroz a Somalia; la indiferencia frente a la agresión en Grozny; los asesinatos a periodistas en El Salvador en nombre de la libertad de prensa; los cien mil muertos de la guerra sucia en Guatemala, o en Argentina, etc. etc. no tienen nada de metáforas. La imposición de una sola realidad, de un solo proyecto,

de un solo sistema, actualmente se realiza por sobre la vida misma de miles de millones de hombres en todo el planeta.

¿Cómo puede pervivir un sistema tan perverso sin utilizar a la mentira como parte vital de su discurso? ¿Cómo puede sostenerse en medio de tanta irracionalidad, de tanto absurdo, si no es apelando a la violencia? ¿Cómo podemos creer a quienes pronuncian su prosa, cuando lo que dicen está hecho para vendernos la imagen falseada, manipulada de una realidad de la cual ellos son productos y cómplices? ¿Qué esperar del futuro cuando está en sus manos? ¿Qué pensar de la depredación constante de la naturaleza y de los hombres, que con tanto entusiasmo defienden? ¿Qué mundo vamos a dejar a nuestros hijos si permitimos que este sistema perviva?

Comprender al discurso del poder es una tarea urgente. Cada día, cada minuto, cada segundo, miles de seres humanos son sacrificados en sus engranajes. Cada instante se corrompe por los límites de su lógica el ser humano y la naturaleza. Mientras no comprendamos los límites y alcances de este discurso totalitario, no podremos construir un mundo solidario y humano, ni siquiera dentro del espacio de nuestra cotidianidad más íntima. Sus secreciones enferman toda la conciencia social. La inmunizan para soportar tanto absurdo. Para transigir con tanta irracionalidad. Comprender el discurso del poder es empezar a construir el camino que va hacia el humanismo.

2.- PALABRA Y PODER

Pronunciar el mundo, saber que nuestra prosa es también la prosa de

la historia, en las actuales circunstancias, tiene mucho de herejía y de disidencia. El sistema apuesta al miedo y al silencio. El miedo nos hace culpables y un hombre que se siente culpable también se vuelve cómplice, y por ello calla; y cuando calla asiente y transige.

Para pronunciar al mundo es necesario tener voz. Ser voz. Recuperar las palabras. Formularlas, pronunciarlas, es también pronunciar al mundo, es intentar transformarlo. Hacerlo nuestro.

Las palabras, aquellas que sienten al hombre, que se comprometen con su destino, con su condición, con sus fracasos y posibilidades, son su expresión más desgarrada, más tensiionada por los dolores y alegrías del mundo. A través de ellas conocemos las voces de tantos hombres que sufrieron y amaron. Que respiraron este aire y se preguntaron por los destinos insondables que hay en cada ser humano. Que cuestionaron al mismo infinito y a todos los dioses en nombre de todos los hombres. En las palabras todos los hombres desplegamos nuestra inteligencia.

"Todo hombre es un loco ... pero, ¿qué es un destino humano, sino una vida de esfuerzo para unir a ese loco con el universo?", dice el padre de Kyo-Gisorgs, el rebelde y revolucionario que Malraux define en "La Condición Humana".

Pensando en todas las incertidumbres que nacen desde la condición humana: el padre de Kyo exclama: "Es muy raro que un hombre pueda soportar su condición de hombre..." y es cierto. Mirar el mundo, conocerlo es un reto. Se trata de retar al infinito con las voces que pronuncian la geografía imposible de las palabras (Tengo sed

insaciable de infinito, decía el Conde de Lautréamont).

Las palabras se comprometen con el hilo vital de la existencia de todos los hombres. Más cerca del barro humano, más comprometida con los dolores del hombre, con esa angustia metafísica que nace desde el mismo momento de saberse vivo y de saberse mortal en medio de tanto vacío y soledad; de comprenderse infinito, inasible, perpetuo a la vez que efímero, transitorio, intrascendente.

Gysorgs, busca en las palabras esas respuestas que el infinito de la angustia le deben desde hace mucho. Y sus palabras se inscriben en el destino de cada hombre que siente esa sed insaciable de infinito. Llegan a callar muy hondo. Son también nuestras palabras. Nos laceran y nos ayudan. Nos comprometen y abren posibilidades a la condición humana.

Las palabras nos constatan, nos construyen y nos acercan al otro que está frente a nosotros; a ese otro que, en definitiva, somos nosotros. ¿Qué pasa cuando esas palabras transmiten silencios? ¿Cuando se les niega su ser? ¿Qué pasa con ellas cuando su estridencia aturde, cuando ya no comunican, cuando se convierten en abismos en el camino, muros en la ventana?

Pero esas palabras que se sienten, que se comprometen, que se vinculan tan íntimamente con todos los hombres, y cuya representación más visible está en la poesía (¿poiesis de la realidad, del mundo, del espacio y del infinito?), no pueden ser las mismas palabras que utiliza el discurso del poder. Aunque su grafía sea la misma. Aunque se intenten construir a través de ellas las mismas semiosis. Aunque

se carguen de las denotaciones más exactas, de las connotaciones más válidas socialmente, no pueden ser, no son, las palabras que se construyen en la comunicación del hombre con hombre, del hombre con el universo.

El discurso del poder destruye a las palabras. Las utiliza de la misma manera en que utiliza a las cosas. A través de ellas asigna culpabilidades, y designa responsables. En su discurso la condición humana deviene en mercado de consumidores.

Dentro de su lógica las palabras no dicen lo que son, se utilizan, en realidad, para la disuasión, la persuasión, y la imposición del poder. En su discurso democracia no es el gobierno y autogobierno de los pueblos, democracia es un pretexto válido para invadir pueblos que dicen no, para imponer castigos y prebendas, para otorgar dones y agravios.

Cuando el discurso del poder habla de la paz para justificar las pruebas atómicas; o cuando habla de justicia y desarrollo social, para sujetar a naciones enteras a las condiciones impuestas por el capital financiero internacional, no está hablando de la paz, de la justicia, del desarrollo social que nosotros podríamos esperar. Los contenidos de su semiótica se adecúan a las necesidades de su estrategia.

El discurso del poder habla, pero su habla es vacía, es tautológica, es monótona, es falsa. Es un discurso hecho para enfermar de vacío y soledad. De resignación y conformismo. De anomia e inanidad. Cuando las palabras pierden su sangre, su vida, se convierten en ruido. Alejan a los seres humanos; se convierten en abismos;

se llenan de dobles sentidos; se mienten a sí mismas.

En la semántica de la dominación, rebeldía se convierte en la marca de un pantalón, o en una pose en el supermarket, o en una actitud snob para justificar cualquier cosa; la revolución está en las modas, en la cocina, o en los peinados; cuando habla de la libertad se refiere siempre a la libertad de mercado, preferentemente del mercado del dólar; cuando habla de democracia piensa siempre en la democracia occidental, liberal, americana y protestante; cuando habla de belleza, cultura, historia, moral, etc., está hablando de la belleza de la clase dominante, de su cultura, de su historia, de su eticidad.

El robo del lenguaje que el discurso del poder realiza, más allá de lo metafórico, es real, es permanente, es cotidiano. Por ello en su estrategia el silencio adquiere la consistencia de la verdad, y las palabras que pronuncia están hechas de silencio. Una industria de silencios estridentes. De apariencias fugaces. De sombras chinescas. Lleno de best sellers. De juegos de espejos donde la realidad se pierde en sus representaciones y éstas empiezan a vivir por sí mismas. En esa estrategia la palabra deviene en apéndice de la forma, y ésta en devaneo de la circunstancia.

Se editan millones de libros pero cada vez se lee menos. Se multiplican las editoriales y los editores, pero la literatura que producimos es cada vez más seriada, menos auténtica. Cada año se producen best sellers que se sumergen en el olvido con la misma rapidez con la que nacieron. La producción mercantil de los valores de uso y

de los valores de cambio, se apropia de las palabras. Estas también están prisioneras de los juegos de la oferta y de la demanda. Son fetiche y coartada. Son simulacro y escenario. Se habla pero realmente se finge que se habla. Se escribe, pero realmente se simula que se escribe.

La exasperación de la soledad está en esos millones de individuos que se hablan pero que no se comunican. Que se tratan pero que no llegan a conocerse. Que se mienten pero que no quieren aceptarlo. Millones de seres humanos convertidos en consumidores. Millones de islas a la deriva con los puentes levantados. El robo del lenguaje nace desde la misma cotidianidad. Cuando el habla es separada del mundo y del hombre. Cuando esa habla no transforma a nada ni a nadie. Cuando las palabras no se mezclan, se imbrican y se confunden con la historia. Cuando las palabras se instrumentalizan a la cotidianidad del poder.

Debe ser por ello, por esa fetichización total de los objetos, que las posibilidades reales de comunicación no nacen entre los hombres, sino entre éstos y las máquinas. La imagen de un individuo solo, "hablando" con su computer, es la metáfora más significativa de esta era que ha robado el habla a los seres humanos para dársela a las cosas.

Recuperar las palabras. Hablar en voz alta. Comprometerse con todo y con todos. Renunciar a la hipocresía de los dobles significados, de los simulacros. Asumir el verdadero significado de las palabras. Comprender que pronunciarlas equivale a construir al mundo. Hacer de las palabras puentes que unan. Ventanas en los muros. Hablar

de libertad y luchar por ella. Hablar de dignidad no como coartada sino como parte de la condición humana. Es una tarea urgente, impostergable.

Pronunciar el mundo significa transformarlo. "Los más viejos de los viejos de nuestros pueblos nos hablaron palabras que venían de muy lejos", dicen, hablan, gritan, los campesinos mexicanos del Ejército Zapatista: "de cuando nuestras vidas no eran, de cuando nuestra voz era callada. Y caminaba la verdad en las palabras de los más viejos de nuestros pueblos. Y aprendimos en su palabra de los más viejos de los viejos que la larga noche de dolor de nuestras gentes venía de las manos y palabras de los poderosos, que nuestra miseria era riqueza para unos cuantos, que sobre los huesos y el polvo de nuestros antepasados y de nuestros hijos se construyó una casa para los poderosos, y que a esa casa no podía entrar nuestro paso, y que la luz que la iluminaba se alimentaba de la oscuridad de los nuestros, y que la abundancia de su mesa se llenaba con el vacío de nuestros estómagos, y que sus lujos eran paridos por nuestra miseria, y que la fuerza de sus techos y paredes se levantaba sobre la fragilidad de nuestros cuerpos, y que la salud que llenaba sus espacios venía de la muerte nuestra, y que la sabiduría que ahí vivía de nuestra ignorancia se nutría..."

3.- LA NECESIDAD DE LA HEREJIA

La obediencia, la disciplina, la lealtad, la puntualidad, casi siempre acarrean recompensas, generan reconocimientos y al final de una vida de ser tan obedientes y resignados, se tiene

la sensación de que, fatalmente, algo estuvo mal, de que algo no funcionó, algo faltó en la tramoya para que todo parezca normal. Los seres obedientes, resignados y leales garantizan al sistema. Para el discurso del poder son ejemplo y coartada. Con seres como ellos los problemas no existen, y cuando existen, hay soluciones siempre viables y factibles. Gracias a ellos el discurso del poder sataniza al rebelde, puede fabricarle contrapuntos y también hogueras.

La obediencia sin la lealtad podría generar seres resentidos. La disciplina sin el sentido de la puntualidad y el orden pondrían en peligro al sistema mismo. Llegar puntual a la fábrica, al banco, a la oficina, "timbrar la tarjeta", extender el permiso para el control personal: todo ello convierte a los hombres en apéndices de un sistema que los devora. Que los obliga a aceptar la vida como una derrota aceptada.

Para aquellos que no tienen siquiera esa oportunidad, acosados por el hambre y la necesidad, presos entre la angustia y la desesperanza de luchar por un pan y un techo, la obediencia, la lealtad, son un lujo que aún no poseen, y la rebeldía está demasiado lejos del horizonte de la esperanza. En la estrategia del discurso del poder, el peligro del hambre y la necesidad, sirven como argumento de disuasión y convencimiento.

Los millones de parados o subempleados, no tienen ni el tiempo ni las ganas de pensar y declarar su rebeldía, menos aún la posibilidad de proclamarse herejes frente a un sistema que tiene siempre las hogueras encendidas. Para ellos el chantaje del hambre funciona. Y bastante bien. Para aquellos que están tras las los bancos

y las oficinas, el arribismo y la comodidad funcionan como un motor oculto que permite esconder intenciones y simulacros. Para ellos la rebeldía implica la pérdida de oportunidades, quizá la posibilidad de un ascenso o de un contrato.

La estrategia se cierra. Atenza a la condición humana entre la necesidad y el arribismo. La obediencia, la disciplina, la lealtad y ese sentido de responsabilidad con tanto absurdo, que se inculcan desde el hogar y la escuela, van asesinando esas ganas de decir no. Van construyendo esa materia prima que el sistema tanto necesita.

La rebeldía quizá sea necesaria cuando se es joven y la posibilidad de cambiar al mundo está a la vuelta de la esquina. Pero cuando esos jóvenes han aprendido a transigir, y sus anhelos de revolucionar el mundo se han permutado por un posibilidad cualquiera, entonces el sometimiento se convierte en normal. Y la normalidad es la condición del hombre que ha sido derrotado por sus circunstancias.

La normalidad es condición indispensable para la estrategia del poder. Al final, siempre terminamos siendo ladrillos en el muro: uniformes, perfectamente ensamblados unos con otros, indistinguibles unos de otros: romos, cuadrículados, casi perfectos. Con número y marca. Una normalidad aséptica que se ha propuesto decir siempre que sí. Susceptible de escandalizarse cuando es cuestionada. Que juega a la doble moral de los asesinos y su impunidad, de las víctimas y su culpabilidad, de los arrepentimientos y las profesiones de fe.

Una normalidad que casi siempre es imparcial, que jamás se compromete con nada ni con nadie, que hace

del yo una apuesta contra los demás, que siempre trafica con una doble moral, que construye con las apariencias un sutil juego de esencialidades. Que se erige en eticidad y deontología.

Qué pensar, desde la normalidad, de aquellos que dicen que no? Cómo aceptar su "locura"? Qué castigos debemos crear para los disidentes? Para aquellos que pudiendo obtenerlo todo, se esfuerzan en perderlo todo. Cómo comprenderlos? Cómo estigmatizar su ejemplo?

Mientras esos "locos" no sean peligrosos para la pervivencia del sistema la mejor actitud que no sea el reproche es la compasión, o tal vez la conmiseración. Son seres que aún no tienen la capacidad de ser normales. Que se extravían en ese territorio uniforme de las cosas aceptadas y dispuestas. Si se convierten en peligro las hogueras siempre están dispuestas. Está la defensa de la moral, las buenas costumbres, la familia, la religión y el Estado, cosas sagradas y que no admiten discusión posible. Los disidentes buscaron el castigo por atreverse a pensar por sí mismos

En la semántica de las palabras, hereje significa "el que piensa por sí mismo". El hombre que piensa por sí mismo, siempre es peligroso. El hereje es siempre subversivo. No puede asumir la realidad como es porque siempre hay algo que puede hacerse. Rompe con la esquemática del mundo y enfrenta al poder como una catarsis.

Ante el discurso del poder el contradiscurso de la herejía es la subversión que destruye la teología misma del poder, que sataniza a los Dioses y deifica los pecados. Lautréamont comi-

do por sus serpientes, o Sade blasfemando contra Dios, exigiéndole una condición que no tiene: la del perdón absoluto. Arrastrando los ídolos de la moral por el fango del barro humano, burlándose de las virtudes y exaltando el vicio y el pecado como salvación y nirvana. O también Reich, buscando el orgón, el sumun del orgasmo humano, en las galaxias para demostrar que todos los hombres somos hechos de materia estelar.

La metafísica del bien y del mal empapa al hereje, le obliga a sufrir los dolores del hombre con la intensidad de los mártires. Por ello el discurso del poder tiene que satanizar al hereje. Tiene que ubicar una geografía maniquea donde la herejía siempre representa al mal y donde el propio mal está fuera de la dialéctica del bien y del mal: se afirma a sí mismo y se niega la posibilidad de ser parte de la condición humana.

Cuando el hombre que piensa por sí mismo se enfrenta a la verdad establecida tiene asegurado el sacrificio. La connotación más evidente de la herejía es la hoguera. Los herejes siempre negaron todo principio divino y también todo poder sobre los hombres.

En estos tiempos de crisis quizá la herejía sea la condición fundamental para decir no. Para cuestionarlo todo. Para decir que un sistema tan inhumano no puede significar el fin de la historia. La herejía como posición política del hombre rebelde que niega la deshumanización del hombre. Que lucha contra todos por imponer la verdad incontestable que el hombre nació para ser libre y para ser el dueño absoluto de su historia.

ediciones

caap

DIALOGOS / Ecuador: estrategias para una política de Comercio Exterior /
Autor: Jürgen Schuldt / Comentarios de: Mauricio Pinto, Pablo Lucio Paredes,
Oswaldo Dávila y Zonia Palán

DIALOGOS

**Ecuador: estrategias para una
política de Comercio Exterior**
JÜRGEN SCHULDT

Comentarios de Mauricio Pinto,
Pablo Lucio Paredes, Oswaldo Dávila y
Zonia Palán

Cómo implementar una política coherente y de largo plazo para el comercio exterior, más allá de intereses específicos y de acciones puntuales de beneficio para ciertos grupos o para determinadas y muy cortas coyunturas, parece ser el reto que debemos asumir como país, y poner en práctica ese cada vez más demagógico discurso: "... en favor de los altos intereses nacionales..." Conciliar entre lo coyuntural y lo estructural, en la búsqueda de definir un modelo de desarrollo, nuestro, adecuado a nuestras posibilidades, que nos permitan incluir a todos los sectores económicos, productivos y sociales, es nuestra permanente necesidad.

